

“LA NOCHE ESTÁ AVANZADA, EL DÍA ESTÁ CERCA”

Queridos diocesanos:

Acabamos de estrenar un nuevo año litúrgico con el domingo I de Adviento. En la liturgia de palabra de la Misa habéis escuchado esta vibrante exhortación de san Pablo: “*Comportaos así, reconociendo el momento en que vivís, pues ya es hora de despertaros del sueño, porque ahora la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe. La noche está avanzada, el día está cerca: dejemos, pues, las obras de las tinieblas y pongámonos las armas de la luz*” (Rm 13,11-12). Como si tuviera en cuenta que en el hemisferio norte las noches son más largas que los días en esta época del año, el apóstol nos avisa de que no podemos adormecernos en nuestra vida cristiana cuando tenemos la misión de construir la ciudad futura del cielo más allá del horizonte de este mundo, sin dejar por eso de esforzarnos en la tarea que nos corresponde también en cuanto ciudadanos de este mundo.

El Adviento nos viene a recordar esta doble tarea a fin de que vivamos sensatamente, conscientes de que hemos de mantener una tensión fecunda y un compromiso activo entre el *aquí y ahora* de la venida o presencia actual de Jesucristo, el Señor de la historia, *alfa y omega* de todo cuanto existe (cf. Ap 1,8), y la anunciada venida “*en su gloria*” al final de los tiempos como juez de las naciones (cf. Mt 25,31ss.). La palabra del Señor nos avisa para que estemos atentos y vigilantes sin dejarnos arrastrar por nuestros instintos o malas inclinaciones que nos hacen olvidar que el justo juez vendrá y podrá someternos a un juicio severo y riguroso. La actitud que cabe es la *vigilancia*, consistente en orientar nuestra vida en la dirección justa, en la generosidad y en el amor a Dios y al prójimo. Vigilar no significa solo tener los ojos materialmente abiertos y los oídos atentos al menor ruido sospechoso, sino mantener el ánimo orientado hacia aquellas realidades que merecen realmente nuestra atención desde el punto de vista de los valores evangélicos. El que vigila de este modo no se verá sorprendido por la llegada del Hijo del Hombre, sino que deseará la cercanía del que viene siempre a nuestra vida como maestro, como buen pastor y como médico si es preciso.

La venida de que se trata es la que pedimos incesantemente en la oración que el mismo Cristo nos enseñó y en la que decimos: “*venga a nosotros tu reino*”. Pedir esto no significa que el reino no haya comenzado aún. Los profetas han descrito en sus visiones la magnificencia y la esplendidez de ese reino, sin olvidar tampoco sus exigencias para poder disfrutarlo. En efecto, sabemos que desde el nacimiento del Señor en nuestra condición humana, la llegada del reino está en vías de realización y seguirá estándolo hasta el final de los siglos. En este sentido el Adviento nos prepara para la fase suprema del reinado de Cristo, para el retorno del Hijo del Hombre quien, después de haber sometido a todos sus enemigos y vencido a la misma muerte, se manifestará revestido de gloria como dueño soberano y señor del universo.

Debe estar claro para nosotros que, cuando se habla de la venida de Cristo, se están conjugando realmente no una sino tres venidas o manifestaciones tuyas que se yuxtaponen: la que tuvo lugar en la encarnación y en el nacimiento de Jesús en Belén, la de su anunciado regreso al final de la historia humana y la que se produce en cada celebración litúrgica cuando invocamos su presencia y ayuda. Todo esto nos invita a vivir el Adviento como una gracia y una oportunidad para conjugar esperanza, conversión, sentido de la responsabilidad, alegría e incluso una cierta impaciencia ante lo que significa la renovada llegada del Señor. Nos lo sugiere san Pablo en la cita que he puesto al principio. Feliz Adviento:

+ Julián, Obispo de León